

ASPECTOS DE LA EVOLUCIÓN CARLISTA DURANTE EL FRANQUISMO

*Jeremy MacClancy*¹

Aquí no quiero hablar de la historia carlista, más bien de la evolución de las concepciones, mantenidas por el élite carlista y sus capas populares, de lo que significaba ser carlista. Para conseguir esto quiero hablar primero del carlismo popular de los requetés (en un contexto como este volumen, puedo suponer que el carlismo hegemónico clásico es ya muy conocido por mis lectores). Después hablaré de cómo y en qué manera Carlos Hugo de Borbón-Parma y sus apoyos intentaron cambiar las concepciones reinantes en el movimiento en aquellos días. Finalmente analizaré lo que en la actualidad ex-carlistas de un pueblo de la Zona Media piensan de los cambios que el carlismo ha sufrido en las últimas décadas.

Este trabajo, como todos mis trabajos sobre el carlismo, está sobre todo basado en mi trabajo antropológico de campo en el pueblo de Cirauqui, en la Zona Media de Navarra. Pasé casi dos años allí, desde enero de 1986 a octubre del año siguiente. Desde entonces, he vuelto por lo menos una vez al año. Mi deuda con los cirauquarros queda patente en lo que aquí escribo.

El carlismo popular de los requetés

Para la gente de Cirauqui, el carlismo se convirtió en una manera de expresar el catolicismo, la estabilidad y las tradiciones de su tierra. Requetés ya ancianos del pueblo me dijeron que "nos echamos al monte (o sea, fueron a la guerra) a causa de la religión: los Rojos estaban quemando las iglesias". Cuando estos veteranos hablan de su apoyo a la religión, no están hablando de ella de una manera estrictamente eclesiástica o teológica; están promocionando una concepción tradicionalista de identidad local expresada en un idioma religioso. En este sentido, el catolicismo se convierte en un símbolo de su idea de comunidad, de cómo la gente debe vivir conjuntamente en paz, en armonía y en respeto mutuo.

Cuando pregunté a estos veteranos por qué se hicieron carlistas, algunos expresaron sorpresa, como si fuera difícil de explicar lo que nunca habían tenido que explicar, lo que era obvio para ellos. "El Carlismo es muy viejo -me dijo uno-. Viene de muy atrás". La historia del tradicionalismo ha estado vinculada a la del pueblo durante más de ciento cincuenta años; es una parte incuestionable de las tradiciones de Cirauqui y, para los carlistas, un motivo de orgullo en su pueblo.

¹ Oxford Brookes University.

Nadie puede recordar antepasados concretos que no vivieran en un ambiente carlista. En cuanto a los carlistas de Cirauqui, los miembros de sus familias siempre han pertenecido al movimiento. Sus padres y sus abuelos les criaron contándoles historias de hazañas carlistas. Algunos, con un orgullo manifiesto, me contaron espontáneamente las cosas que hicieron sus abuelos (y hasta, en un caso, qué hizo su bisabuelo) en la segunda guerra carlista. Pero es interesante que nadie en el pueblo pueda recordar nada sobre la participación de su familia en la primera guerra. Parece que los sucesos recordados de la segunda guerra han enterrado los del conflicto anterior.

En repuesta a mis preguntas, requetés veteranos me dijeron que fueron o son carlistas a causa de sus familias. Dicen que cuando eran niños las familias en general estaban mucho más unidas y que los hijos tenían mucho respeto a sus padres. La tradición ancestral, transmitida de padres a hijos, fue un argumento suficientemente fuerte en sí mismo para que los hijos normalmente se sometieran a ella sin debate. Si lo que veneraba la gente del pueblo era su comunidad y su naturaleza aparentemente estable, tenían que respetar a sus antepasados por haber mantenido la manera tradicional de vivir como legado para sus hijos que ellos, a su vez, podrían transmitir a sus propios hijos. En otras palabras, esta visión rural conservadora del mundo tenía su propia lógica interna de reproducción. Un hombre me contó que se había hecho carlista "a causa de los sentimientos de mi padre, que no podía aguantar a los liberales" porque habían deportado a SU padre a Cuba, donde había muerto. El padre del hombre con quien hablé llegó incluso a trabajar como marinero en un barco para poder visitar la tumba de su padre. Otro carlista me dijo que cuando era adolescente su abuelo, en su lecho de muerte, le dio sus reliquias carlistas para que las conservara. El joven tuvo que prometer al viejo que continuaría la tradición carlista de su familia. Una mujer me dijo que ella era carlista a causa "de mi padre, cuya memoria tengo muy alta". Si su padre, que murió cuando ella era muy joven, y que, según lo que la gente le había contado era muy buena persona, era carlista, entonces ella sería carlista también.

Nacido carlista, uno permanece carlista. Un anciano, poniendo la mano sobre su corazón, me dijo que él era aún carlista. "No lo dejas. Sigues con lo tuyo". Una respuesta muy común a la pregunta "¿eres Carlista?", es "¡Hasta la muerte!". Es relevante que en *Paz en la guerra*, de Miguel de Unamuno, uno de los personajes subraye la importancia central de que la gente mantenga las tradiciones políticas de su familia, bien sea carlista o liberal:

"Eso se mama con la leche, y lo que con la leche se mama, en la mortaja se derrame. Así era en mi tiempo y así seguirá siendo... Otra cosa sería un desbarajuste...; no podría una fiarse de nadie si lo mismo puede ser una persona una cosa que otra" (1942: 165)

Uno puede confiar solamente en la gente si uno sabe de qué lado esta. Sin saber esto, no se puede categorizar a los otros. Y si uno no puede clasificar a los otros sin ambigüedad, la consecuencia es el desorden. Esta idea de compromiso estable fue común a los dos bandos. Una mujer de Cirauqui de más de ochenta años me dijo:

"Soy liberal y espero morirme liberal. Escuché a mi padre y me gustó lo que dijo. No hay nada más bonito en el mundo: cada uno a su lado y allí te quedas. Sigues tu propio camino sin molestar a nadie. Tu lado ya te vale. Ya me conoces, a mí me gustan todos, pero soy liberal y me quedare así".

Si un sentido del carlismo es mantener los ideales, se tiene el derecho de mofarse de los que han cambiado los suyos. Ser llamado "chaquetero" es un insulto. Pero es implícitamente reconocido que la gente que ha llegado a su madurez puede cambiar de lado. No obstante, una vez hecho el cambio, uno no se puede volver a cambiar. El abuelo de la octogenaria era un carlista entero. Su hijo hizo amistad con liberales en el pueblo y sus ideas le convencieron. Las diferencias políticas entre padre e hijo llegaron a tal nivel que tuvieron que separarse y vivir en casas distintas. Cuando la anciana me contó todo eso, ella no sugirió en absoluto que el comportamiento de su padre fuera malo. Pero los enemigos siempre pueden criticar a personas así, llamándoles "chaqueteros". Esta maniobra verbal de limitar a las familias a través de las generaciones se puede oír hoy en las quejas de algunos del pueblo: dicen que los hijos de asesinos carlistas no debieran ser tan vocingleros en las actitudes políticas en las que creen hoy en día porque su historia está "manchada". De una manera semejante, los izquierdistas del pueblo hacen comentarios muy despreciativos sobre las personas que votan por la derecha, aunque sus padres republicanos hubieran sido fusilados o encarcelados durante la guerra civil.

Naturalizando lo social, convirtiendo algo social en algo cuasi biológico, los veteranos requetés dicen que el carlismo era una herencia, "algo de la sangre, algo heredado". Uno nació carlista. Esta concepción explica a la vez la persistencia de la tradición carlista y su mantenimiento futuro por los que aún no habían nacido. Un ex-capellan requeté me dijo: "Salían de sus madres ya con las ideas del carlismo. Tuvieron que seguir el mismo camino". Cuando una mujer de Cirauqui, con estudios, quiso expresarme la saturación del carlismo en la Zona Media de Navarra utilizó una metáfora distinta y, sin embargo, todavía naturalista: "En esos días -dijo ella-, el carlismo se respiraba en los pueblos". Un ex-diputado carlista afirmaba que hacerse carlista era "tan racional como aprender un idioma". Como un idioma, se aprendía inconscientemente de los padres. Más tarde se aprende la gramática del idioma conscientemente, y de una manera semejante uno se hacía carlista convencido al aprehender su programa e ideología en panfletos, boletines y periódicos (especialmente *El Pensamiento Navarro*), y a través de sermones, charlas y discursos dados por importantes representantes carlistas en sus visitas a los círculos tradicionalistas de los pueblos. Pero muchos carlistas, al contrario del ex-diputado, no habían recibido años de estudios. Para ellos el carlismo no era una filosofía política desarrollada que uno tenía que examinar y discutir, sino "un modo de ser". En palabras de un carlista, era "consustancial con el modo de ser". Para esta gente ser carlista no era un proceso "racional" comparable con una instrucción lingüística formal, sino un proceso cuya posición integral en la manera local de vivir estaba justificada en forma de metáforas naturalistas como "sangre" y "respiración".

El papel de la imagen de Carlos Hugo

Hay muchas causas generales en la evolución del carlismo durante el franquismo. Entre ellas podríamos incluir: las profundas transformaciones sociales y económicas que tuvieron lugar en España desde los años cincuenta (o sea, industrialización, auge del turismo, emigración rural masiva y progresiva, ascenso general del nivel de la vida); las transformaciones políticas, con la sustitución de una política nacionalista autárquica por un liberalismo económico. También

tenemos que incluir los muy importantes efectos liberalizadores del Concilio Vaticano Segundo.

Pero si todas ellas son causas generales, que alteraron la sociedad civil del país de forma progresiva, hay una causa específica, central por la evolución del carlismo, y esa es el ascenso de Carlos Hugo de Borbón-Parma y sus correligionarios (llamados "progresistas") a la cima del poder dentro de la organización de la Comunión Tradicionalista. No quiero hablar aquí de las largas historias de su lucha por el poder dentro de esa organización. En lugar de hacer eso, quiero aprovechar esta oportunidad para hablar de sus maneras de intentar cambiar las concepciones centrales del carlismo y de presentar la imagen de su candidato al trono.

Periodistas progresistas presentaron a Don Javier (el padre de Carlos Hugo) como el vínculo entre el pasado y el presente carlistas. Como hombre ya mayor dotado de un historial amplio y glorioso, se lo presentó como un ejemplo perfecto de lealtad y fidelidad a la causa. Pero, para los jóvenes carlistas Don Javier era "muy pío, un caballero, alguien de otra época". Para ellos, los periodistas progresistas presentaron a un Carlos Hugo moderno y capaz de llevar el estandarte del cambio. Alabaron sus años de estudios en universidades francesas, inglesas y alemanas, su capacidad para hablar seis idiomas, y la variedad de su experiencia (haber trabajado en un banco y una mina). También dieron espacio en sus revistas a sucesos donde brillaron su vitalidad y masculinidad: esquiendo, haciendo paracaidismo, y (una vez) corriendo el encierro durante los Sanfermines. A la vez, dieron publicidad a cualquier suceso donde se manifestara su compromiso con la causa (visitando Círculos Carlistas, etc.) y su deseo de profundizar sus conocimientos del país (visitando fábricas, ferias, etc.).

Claro que esta publicidad no reveló su verdadero carácter, sino más bien las ideas abstractas sobre la personalidad valoradas por sus sujetos. Revelaron cómo debería ser un príncipe del movimiento más que cómo era en realidad. Por ejemplo, los periodistas progresistas nunca admitieron en público que el príncipe nunca perdió el suave acento francés de su castellano; mientras los cercanos a él dicen que era listo y muy trabajador, pero a la vez podría ser frío y calculador.

Si doy tanto espacio a la figura de Carlos Hugo en este artículo, es porque los valores carlistas multiplican su prominencia, dándole un efecto político desproporcionado. Situado en una posición central gracias a un accidente del nacimiento, su estatus real le dio una autoridad preeminente para legitimar la evolución ideológica, un privilegio potencialmente muy ventajoso denegado a cualquier carlista común, por importante que fuese. Para los carlistas las legitimidades de sangre y de comportamiento, incorporadas en una única persona, constituyeron una potente combinación sin igual. Un tradicionalista, un hombre mayor, me dijo que, hasta el interés de Carlos Hugo por el socialismo llegó a ser muy evidente, "lo que dijo el príncipe era como una verdad bíblica". Reaccionarios fornidos podrían debatir con su jefe real en reuniones privadas pero, en reconocimiento de su posición y a causa de su respeto a Don Javier, no se atrevieron de hacer sus comentarios en público.

El poder del ejemplo de Carlos Hugo era suficiente en sí mismo para persuadir a algunos carlistas prematuramente jubilados de volver al movimiento, y para persuadir a algunos conservadores inseguros de seguir la nueva línea del carlismo, aunque el cambio brusco pudiera ser traumático para ellos. Manuel Rego, un carlista gallego importante, confesó que sus amigos y él se

"reconvirtieron" dolorosamente del tradicionalismo al progresismo a causa de una reunión privada con el príncipe (Rego 1985: 47, 52-3).

Los jefes carlistas reconocieron que el entusiasmo de la masa carlista dependía parcialmente de la imagen de una persona real como jefe supremo. Sabían que la gran mayoría preferiría que los derechos y valores del carlismo fuesen personificados en un pretendiente apropiado. El nivel de entusiasmo de algunos seguidores podría llegar a veces a altitudes casi delirantes. Una persona de Cirauqui se me quejó de la excitación que cualquier noticia sobre Carlos Hugo podría causar entre sus vecinos carlistas. Cuando una vecina le contó que quería enviar al príncipe un regalo por el nacimiento de su primer hijo, la aldeana no podía ocultar su enfado. "¡Calla! Marrana -gritó- No me diste nada para el bautizo de mis hijos!".

Como los periodistas progresistas mencionaron, sin "el ejemplo extraordinario de nuestro príncipe singular" que manifestó "las virtudes tradicionales por excelencia", el carlismo sería como tantas otras doctrinas políticas; perdería mucho de su distinción. Esta diferencia real no era algo neutro, pero llevó consigo un sentimiento de superioridad: tener una familia real a su cabeza significaba que el carlismo no solamente era distinto de la gran mayoría de partidos políticos, sino mejor de ellos. Como Carlos Hugo dijo en un discurso en 1967, "Somos los mejores porque tenemos un rey y no un presidente" (*Montejurra*, 29: 9). Este estilo ciertamente narcisista hacía que algunos carlistas imputaran la envidia a otros. Cuando la noche de un Montejurra, una carlista de Cirauqui, aún bien vestida y con su boina blanca, fue a comprar leche fresca a una vecina, la vendedora, que era nacionalista vasca, intentó trabar conversación al referir la presencia de las princesas reales en la ceremonia. "Qué clase tenéis vosotros los carlistas!" exclamó. La carlista contestó inmediatamente, "¡Tú! ¡Eres una de los malos! Te agarraría por el cuello y te echaría por la calle! Vosotros no tenéis nada tan bello de lo que podáis estar orgullosos!" Agarró su leche, dio media vuelta, y salió.

Valores familiares y parentesco extendido

Los carlistas conservadores aún hablaban de su rey como un "padre" de su pueblo, y de Dios como "el Rey supremo del Carlismo" (*Montejurra*, 25: 21, 23). Pero este tipo de concepciones de paternalismo y de una autoridad casi absoluta estaban llegando a estar más y más fuera de lugar. Dentro de la Comunión, los progresistas estaban cuestionando cada vez más abiertamente la naturaleza de la autoridad, e intentaban sustituir el énfasis tradicionalista en la jerarquía con ideas más democráticas. Según las concepciones de organización política de estos jóvenes activistas, había poco espacio para santones conservadores dentro del movimiento, mientras que el rey llegaba a ser visto menos como un poder independiente y más como un timonel atento a las necesidades de su pueblo.

Los periodistas progresistas no retrataron a Don Javier y Carlos Hugo como una figura estricta de autoridad mandando a un hijo manso y obediente, sino como una guía paternal vigilando a un hombre joven enérgico pero maduro. A la vez, la división familiar del trabajo representada en la imagen de Don Javier supervisando desde lejos mientras Carlos Hugo estaba activo divulgando la palabra a su pueblo, tenía las resonancias bíblicas de un Dios Padre mirando el progreso

de su hijo en Israel. Nacido en 1930, Carlos Hugo hasta era semejante en edad a Jesús durante sus tres últimos años activos.

Aunque la existencia de la familia real hiciera el carlismo distinto de, y tal vez mejor que, otros movimientos políticos, los Borbón-Parma no eran superiores a otras familias carlistas. Más bien, eran "una familia ejemplar y unida". Su familia era la primera entre los hogares españoles: ella era solamente la que las encabezaba, no por encima de los demás. Su realeza no impidió su humanidad. Se representó a Don Javier y Carlos Hugo como personificaciones de las virtudes masculinas de decisión y actividad; se representó a la esposa de Don Javier, Doña Magdalena, y a sus hijas, como mujeres que manifestaban las virtudes femeninas de empatía y solicitud para otros. Caben aquí todas las labores caritativas hechas por sus hijas en organizaciones españolas y dadas a publicidad en las revistas carlistas. En el cumplimiento de sus obligaciones, los miembros de la familia real estaban supuestamente creando un modelo por el que carlistas varones y hembras podrían medirse moralmente.

Los Borbón-Parma, junto con sus seguidores, constituyeron "la gran familia carlista", una unidad social vinculada por una historia común, persistencia genealógica, y un lazo sentimental efusivo. Como las afinidades dentro de un grupo estrecho de parientes, dentro de la Comunión se presentaban más como mútuas que como instrumentales: la gente no se hizo carlista con miras egoístas. La metáfora de 'la gran familia carlista' era una manera de hacer hincapié en los fuertes vínculos entre el pueblo carlista y los Borbón-Parma. Era a la vez un emblema de homogeneidad histórica diferenciando a carlistas de no-carlistas y un modelo para las relaciones sociales dentro del movimiento. Además, era una metáfora muy influyente en el País Vasco y parte de Navarra, donde escritores vasquistas habían alabado desde hacía muchos años la imagen de la familia intergeneracional trabajando como una unidad económica integrada y viviendo juntos bajo del mismo techo. Según el tradicionalista Raimundo de Miguel, había un sentido real de afección y de intimidad entre el rey carlista y su pueblo, sobre todo porque la monarquía se basaba en una institución familiar. En contraste, un Estado frío e impersonal solamente despertaba sentimientos de sospecha y animosidad. ("Monarquía Popular", *Montejurra*, 23: 2-4). Según las concepciones sobre la familia entonces vigentes, los miembros de una familia eran leales unos a otros; de la misma manera, supuestamente, la familia real y la gran familia carlista permanecieron fieles entre sí durante los últimos ciento treinta años, a pesar de los sacrificios que todos ellos tuvieron que hacer. Como lo expresó uno de los apologetas de *Montejurra*:

"El Carlismo tiene algo que nos hace a todos nosotros carlistas hermanos, y que nos deja decir a nuestro príncipe, sin que sea una metáfora sino una realidad palpable, que todos nosotros carlistas formamos una parte de la familia real, a la que nos sentimos tan vinculados que, sin perder el respeto, cometimos los fallos más grandes del protocolo, sencillamente a causa de afección" (*Montejurra*, 33: 33).

En la cima del monte un año, un propagandista progresista dijo que lo mismo que las familias que tenían sus grandes fiestas, los carlistas se reunieron "en famille" en Montejurra (*El Pensamiento Navarro*, 3-V-1970: 10). La intención de los dirigentes carlistas era que la ceremonia anual, con su imagen de unidad, compañerismo, y jovialidad comunal, objetivaría la metáfora, revelaría el discurso de familia como una realidad evidente.

La clarificación del vocabulario carlista

Los progresistas intentaron enmascarar, o por lo menos suavizar, los efectos de los cambios de dos maneras: reafirmando el papel central de la familia real dentro de su comunidad, y reclamando que ellos estaban manteniendo conceptos carlistas fundamentales. Aunque su visión política estaba envuelta en un vocabulario carlista renovado, sostuvieron que no estaban rompiendo con el pasado y creando un discurso carlista nuevo; estaban solamente, según sus palabras, "clarificando" el vocabulario de la ideología de su movimiento. Entonces, cuando los tradicionalistas se quejaron de que su vocabulario estaba influido por filosofías ajenas al carlismo, los progresistas podían contestar que eran sus adversarios, y no ellos mismos, quienes estaban falsificando las tradiciones "verdaderas" de su movimiento:

"Hay algunos de ellos que dicen que los términos que los carlistas utilizan son términos impuestos o tomados del marxismo. ¿Desde cuando han sido ajenos al carlismo los conceptos de libertad, participación y democracia?" (Discurso de un miembro de la Junta Suprema en Lignieres, 22-II-1970; en el Archivo del Partido Carlista, Tolosa).

Según los progresistas, las palabras claves utilizadas por los carlistas no se modificaban, a pesar de las apariencias; fueron solamente sus significados los que, por fin, estaban siendo "iluminados".

Por ejemplo, "el pueblo carlista" quedó como un término central en los discursos y escritos de sus jefes, porque su inherente ambigüedad podía ser aprovechada para facilitar continuidad léxica entre visiones viejas y nuevas del movimiento. En el discurso común, cotidiano, "pueblo" significa un sitio y la gente que pertenece a ese sitio. Entonces, para los conservadores, 'el pueblo' significaba UNA gente, una comunidad de personas definible geográficamente que pensaba de la misma manera políticamente (incluso su clase alta), y quienes pasaron automáticamente su lealtad a sus hijos. A algunos portavoces carlistas les gustaba sostener lo distintivo del movimiento al señalar que el carlismo, al contrario que los partidos políticos convencionales, tenía su propio programa político y su propio pueblo. Como reacción a este uso tradicionalista, los progresistas preferían elucidar el significado más socialista del término "pueblo" en el sentido de plebeyos, una clase social explotada por otras. Aunque carlistas del siglo diecinueve a veces utilizaron este sentido vulgar de "pueblo", los jefes en esos días solían ver a la masa como un grupo de almas que debería jugar un papel muy restringido en los asuntos de la nación. En contraste, los progresistas del siglo veinte querían reemplazar esa noción conservadora de armonía entre clases distintas con la de una única clase lista para luchar y conseguir sus objetivos. Para ellos, el pueblo carlista no debería ser pasivo sino activo y participativo.

Se renovó la noción de "mártir" de una manera semejante. Según los progresistas, ser mártir para el carlismo contemporáneo no significaba morir en el campo de batalla, o sufrir heroicamente torturas horribles a manos del enemigo. En lugar de perder la vida en un gesto magnífico, fatal, los mártires modernos tuvieron que trabajar continuamente para el movimiento. Algunos veteranos aún hablaban de "el plebiscito elocuente de la sangre, el voto más auténtico de la voluntad nacional", pero la mayoría de los progresistas veían las cosas en una

manera distinta. Como uno proclamó en la conmemoración anual de los Mártires de la Tradición:

"Ser mártir es sencillamente hacer un sacrificio para una causa, en nuestro caso para la causa de un régimen de justicia y libertad. Eso es de decir, podemos y deberemos todos ser Mártires de la Tradición. Estamos viviendo en tiempos difíciles, tiempos de persecución y de encarcelamiento, tiempos de negación de las tres libertades básicas -política, regional y sindical- sobre las que un estado democrático y justo debería ser basado. Por esa razón, el quien hoy no es un mártir, eso es decir que no está comprometido al sacrificio común, no es Carlista. Como un ejemplo de este compromiso y de este sacrificio tenemos la Familia Real y todos aquellos Carlistas que están sufriendo represión en todas sus formas: desde el cárcel hasta el exilio... Por supuesto estos casos de encarcelamiento y persecución física son de los pocos; corresponden a la vanguardia activista a la que no todos nosotros pertenecemos, ni estamos llamados a pertenecer; la mayoría debería incorporar esta lucha y este sacrificio en una forma más prosaica pero igualmente necesaria...

Creo que en este día de los Mártires de la Tradición, es justo que deberíamos recordar los mártires de antes, pero sobre todo deberíamos comprometernos a imitar a los mártires de hoy, cada uno de nosotros haciéndolo dentro de su propia esfera de acción y según nuestras posibilidades" (De *Tiempos Críticos*, citado en Bryan 1965: 684)

Tal vez el termino más central que los progresistas en aquel entonces querían mantener era el que constituía el nombre de la establecida filosofía política del movimiento: "tradición". A ellos les gustaba repetir que tradicionalismo no equivalía a "inmovilismo", porque la tradición y el progreso eran mutuamente dependientes. No se podía tener tradición sin progreso, tampoco a la inversa. Entonces la tradición no debía ser vista como un estado sino como un proceso que representaba "la acción del pueblo en Historia". Su contenido, arguyeron los progresistas, no estaba fuera del tiempo, sino sujeto a la agencia y circunstancias históricas. No se rompió con la tradición, construyó sobre ella. Como se señalaba, el ideólogo tradicionalista Vázquez de Mella había dicho más o menos lo mismo más de ochenta años antes:

"La tradición es la continuidad de la vida y no significa, ni siquiera etimológicamente, estancamiento sino movimiento... El progreso inventa, descubre una verdad desconocida y las derivaciones de ese desconocido, y que la verdad se conserva, por la labor de generaciones, que las transmiten a sus sucesores, y una generación intermedia, rebelde, no tiene el derecho de suspender el trabajo de generaciones previas" (citado por PNC 'Tradición y tiempo', *Montejurra*, 38: 17).

Carlos Hugo era enfático sobre este asunto: "La tradición no es la repetición del pasado. Es esa parte del pasado que sobrevive para hacerse el futuro"; "Cuando problemas nuevos surgen, es necesario inventar nuevas tradiciones" (*Boletín Informativo. Jefatura Regional Carlista de Castilla La Nueva* 15-I-1966).

Esta supuesta apertura del tradicionalismo hacia las posibilidades del presente significaba que se podría haber más que una VERSION de la filosofía:

"El Tradicionalismo no es, y nunca ha sido, una unidad rígida de posiciones, sino más bien una visión histórica de España... que permite la variedad más rica de posturas dentro de sí mismo" (citado en Lavardin 1976: 101).

Por entonces el tradicionalismo de la Comunión no podría ser definido de una manera dogmática, constrictiva por conservadores. Más bien, deberá ser entendido como suficientemente amplio como para acomodar interpretaciones conservadoras y progresistas.

Los progresistas también hacían hincapié en la continuidad de los estandartes católicos dentro del código carlista. Dios siempre había sido el referente último para la ética del movimiento. Según Carlos Hugo y sus seguidores, seguiría siendo así, pero ahora de una manera más apropiada a las inquietudes del presente. A los progresistas les gustaba decir que los conservadores eligieron seguir no los edictos del recién concluido Concilio Vaticano Segundo, sino a los del Concilio de Trento, y que caracterizaron a Dios como una divinidad lejana, transcendental, que manifestaba valores intemporales, unos que legitimaban una concepción estática de la sociedad (con ellos a la cima, o cerca de ella). En lugar de alabar esta concepción autopromocionando el Absoluto, los progresistas preferían concentrarse en la figura de Jesús como hombre en el mundo, como uno que quería mejorar la vida de la gente común. Él no creía en éxtasis, sino en una evolución mantenida, conseguida por una lucha continua. Todavía 'Dios' se quedaría como una parte integral del lema carlista, aunque su significado para el mundo era abierto a interpretación por seres terrenales. (Véase, por ejemplo, el *Discurso pronunciado en Montejurra por un representante del carlismo 1970*, en el Archivo del Partido Carlista, Tolosa).

Mientras a los progresistas les gustaba reclamar continuidad entre el pasado y el presente, en el fondo hay aquí dos concepciones opuestas del mundo carlista. Los tradicionalistas clasificaron según su esquema totalmente maniqueo de opuestos irreconciliables donde la España buena, católica, tradicional se enfrentaba contra la anti-España mala, protestante, socialista/comunista/anarquista. Ellos que pensaron en los términos de este esquema conceptual simple no veían necesidad para debate o reflexión. Entonces no causa sorpresa que su prosa, vacía de autocritica, sea triunfalista y, cuando no estaba interrumpida por una serie de exclamaciones militaristas (como "¡Firmes! ¡Carlistas!"), estaba pasada por una serie aparentemente interminable de tributos laudatorios. Es un estilo literario de dictadura, sordo a voces rebeldes.

Los propagandistas progresistas, al reaccionar en contra de los clichés grandilocuentes, casi barrocos, tan amados por los oradores conservadores, utilizaron una prosa pedestre que parecía estar inspirada, aunque lejanamente, por Marx y sus intérpretes. En un llamativo contraste respecto al estilo directo y declamatorio de los tradicionalistas, a los progresistas les gustaba alardear que SU rasgo unificador era una postura abierta, crítica, de sí mismos y de otros. Pensando que ellos habían desmontado los esquemas dicotómicos de sus oponentes conservadores, estos jóvenes activistas se retrataron como gente que se ocupaba de los problemas del mundo contemporáneo, como gente que buscaba soluciones políticas nuevas por un proceso de cuestionamiento y debate. Según ellos, su visión era dinámica, no estática, y a la vez que aprendían a desaprob

públicamente el individualismo, llegaban a alabar los valores del dialogo, respeto mutuo, y decisión colectiva.

En suma, mientras progresistas importantes estaban preparados de hacer hincapié en la continuidad entre versiones previas del carlismo y la suya, la continuidad que percibieron y promocionaron era una de un tipo muy específico. Como algunos conservadores declararon más tarde, los progresistas eran por entonces efectivamente culpables de la misma acusación de prescriptividad que ellos estaban intentando pagar a otros.

El carlismo popular postfranquista

La breve historia del carlismo en la transición es sobre todo un catálogo de fracasos. Muchos carlistas conservadores dejaron de seguir al movimiento en su progreso hacia la izquierda. No podían aguantar más "clarificación". La imagen de una familia real unida se quebró en pedazos después de los sucesos de Montejurra de 1976, que Fraga representó como la consecuencia de una lucha entre hermanos: Carlos Hugo y Sixto, cada uno con su propio bando. Muchos progresistas dejaron de hablar de apertura y diálogo cuando se dieron cuenta de que era mucho más fácil hablar de la autocritica que practicarla y de que su Secretario General, José María de Zavala, podría manifestar un estilo que ellos clasificaron como muy dictatorial. Llegada la transición, el Partido Carlista carecía de dinero y del apoyo de una Internacional. Su participación en las elecciones generales fue tan lamentable que Carlos Hugo, sus hermanos, y su Gabinete se fueron. Se quedó el carlismo dividido, reducido, y descabezado.

En Navarra, el carlismo ha desaparecido efectivamente del mapa electoral. En la actualidad, algunos ex-carlistas de Cirauqui ni siquiera hablan del movimiento y niegan que tuvieran cualquier conexión con él. Sus vecinos atribuyen esta actitud a la decepción de los ex-carlistas por el fracaso tan rotundo del Partido Carlista en las dos primeras elecciones de la transición. Sus esperanzas se vinieron abajo, su aportación como militantes del movimiento no consiguió nada, y no quieren que se les recuerde su derrota. Un profesor de un pueblo rural bastante cerca de Cirauqui me dijo que no merecía la pena hacer un estudio del carlismo hoy en día. Solamente cumple una función folklórica. La gente de los pueblos podría decir con bastante orgullo que sus antepasados se alzaron en armas para defender sus ideales contra la agresión del Estado, pero el carlismo, dijo él, no tenía ningún otro valor estos días. Fue un recuerdo bonito y nada más. Sus amigos pensaban que él estaba avergonzado; no quería que se recordara la historia moderna de Navarra en términos de un movimiento aparentemente anacrónico que mezcló la política con la existencia de un pretendiente al trono español y su continuidad genealógica.

Varios ex-militantes jóvenes de Cirauqui mantenían la misma postura del profesor. En discusiones conmigo pusieron bruscamente de lado su pasado carlista. El Partido Carlista había apoyado al nacionalismo vasco en los últimos años del franquismo, pero sus líderes cambiaron de opinión en 1978 por razones electorales. A causa de ese cambio muchos carlistas jóvenes, nacionalistas convencidos, dejaron el partido. Para ellos los líderes carlistas son chaqueteros y no quieren ser asociados con ese tipo de gente.

Estas personas que eran demasiado jóvenes en los primeros años de la transición para preocuparse por la política no tienen ningún interés en el carlismo.

Para ellos tiene algo que ver con sus padres y la concepción del pasado mantenido por sus padres. Cuando yo hablaba con sus padres sobre el carlismo en su presencia, se aburrían enseguida y muchas veces se marchaban de la habitación. No querían saber nada de esas cosas.

Un joven de Cirauqui, hijo de un carlista, me contó que un análisis económico, político o social no sería suficiente para entender el carlismo, porque las personas eran carlistas por una razón más profunda, más psicológica: "la chispa". Él siguió hablando:

"Hoy en día las personas que dicen que son carlistas son personas que no quieren romper con algo. Es una tradición, una raíz dentro de su familia. El carlismo no tiene ideología. Otros partidos tienen ideología y se pueden comparar sus ideologías. Pero no el carlismo. El carlismo es como un charco. Se queda solo. Otros partidos no son así".

Al contrario de otros partidos, el carlismo no puede ser confinado dentro de los parámetros institucionales normales. Se puede mantener solo; es incomparable, poco convencional. En otra ocasión hablé con su padre. Él dijo que ninguno de sus hijos le siguió en el carlismo. No se quejó de eso pero parecía claro que le daba pena. Que la tradición carlista de su familia se acabara con su muerte lo consideraba como una especie de falta de respeto a sus antepasados, una traición de sus esfuerzos. En el pueblo hoy en día solamente las personas mayores (salvo excepciones muy contadas), que tienen más de cincuenta y cinco años, afirman que son carlistas. Dicen que no importa a qué partido votan, ellos siguen siendo carlistas. Uno me dijo que políticos que eran carlistas y que tienen puestos en otros partidos aún se consideran carlistas. "Es algo que sientes adentro", me confesó.

En la política, no hay conclusiones, normalmente. Se ha hablado del fin del carlismo muchas veces en el curso de su historia. Sería fácil equivocarse de la misma manera aquí.

A algunos carlistas les gusta decir que el carlismo es como el río Guadiana, que desaparece pero que reaparece más tarde. En este contexto es interesante señalar que el número de gente que acude a la ceremonia anual de Montejurra está subiendo. En los años ochenta, más o menos cuatrocientas personas solían participar. En estos momentos se reúnen ochocientas en la romería política.

Si el futuro carlista es algo que tenemos que dejar a los carlistas, hay un tema pendiente que valdría la pena intentar resolver: se habla bastante, pero de una manera difusa y ambigua, de la relación entre el carlismo (histórico, sobre todo, pero moderno también) y el nacionalismo vasco radical. ¿Podría ser esta relación el legado más importante del carlismo a la Navarra contemporánea, más importante que la existencia mantenida, casi testimonial, del Partido Carlista? Es una cuestión que no podemos contestar por el momento. Pero la formulación de la pregunta y el reconocimiento del valor de una respuesta convincente demuestran que el papel del carlismo en la Navarra moderna sigue siendo de importancia.

Referencias

Bryan, G. (1965), "The Red Berets. The Persistent Vitality of Carlism", *The Tablet*, 19 June, pp. 683-4.

Lavardin, J. (1976), *Historia del último pretendiente a la corona de España*, París, Ruedo Ibérico.

Rego, Manuel (1985), *El carlismo orensano 1936-1980*, Vigo.

Unamuno, Miguel de (1942), *Paz en la guerra*, Madrid, Espasa-Calpe.